

## La emergencia de la opinión pública en la Francia del siglo XVIII: la figura del *philosophe*\*

Víctor Cases\*\*

Publicado hace ya casi 50 años, la *Historia y crítica de la opinión pública* de Jürgen Habermas<sup>1</sup> es sin lugar a dudas el primer gran libro de referencia cuando se trata de estudiar la emergencia de esta nueva configuración sociopolítica que vio la luz en el siglo XVIII. Sin embargo, desde que Robert Darnton y años después Arlette Farge comenzaran a deleitarnos con los entresijos de la baja literatura y el desprecio popular hacia el soberano, respectivamente<sup>2</sup>, el nacimiento de la opinión pública en la Francia prerrevolucionaria pasa por una profunda revisión de aquel texto de 1962, que, al ocuparse exclusivamente de la «publicidad burguesa» y desatender por completo la «publicidad plebeya» (son los términos utilizados por el propio Habermas), no da cuenta de las numerosas tensiones desatadas en la esfera pública prerrevolucionaria y termina, según Robert Darnton —el crítico más vehemente de la posición habermasiana— construyendo un mundo que «nunca existió»<sup>3</sup>. Los autores señalados no son los únicos que han contribuido a que la problemática que aquí nos ocupa se haya convertido en un objeto privilegiado de la historiografía de los últimos decenios. Junto al profesor de Princeton y la directora de estudios del CNRS de París, podríamos destacar las aportaciones de Roger Chartier, Keith Michael Baker, Mona Ozouf, Sarah Maza, Pierre Rétat o Jean Sgard<sup>4</sup>,

---

\* Este trabajo forma parte de una investigación predoctoral financiada por la Fundación Séneca, Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia.

\*\* Universidad de Murcia.

1 J. HABERMAS, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Gustavo Gili, Barcelona, 2002, trad. de A. Doménech.

2 Véase R. DARNTON, *Edición y subversión. La literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, Turner/FCE, Madrid, 2003, trad. de L. Vidal; A. FARGE, *Dire et mal dire. L'opinion publique au XVIIIe siècle*, Paris, Seuil, 1992.

3 R. DARNTON, «An Enlightened Revolution?», en *New York Review of Books*, volumen XXXVIII, número 17, 24 de octubre de 1991, p. 34.

4 R. CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Gedisa, Barcelona, 2003, trad. de B. Lonné; BAKER, M.

por citar sólo algunos de los estudiosos que han orientado sus investigaciones hacia la inquietud que anima también estas páginas, que deben mucho asimismo a los recientes trabajos de Antoine Lilti —el aventajado discípulo de Daniel Roche— sobre la sociabilidad *mondaine* y Elisabeth Badinter y sus *pasiones intelectuales*<sup>5</sup>.

El panorama es tan amplio como rico en sugerencias e interpretaciones. No debemos pretender abordar en apenas unas líneas toda la complejidad del debate teórico, pero sí podemos esbozar un mapa general de las recientes aportaciones sobre nuestro objeto de estudio, a partir de la clasificación propuesta por Laurence Kaufmann en su contribución al volumen coordinado por Javier Fernández Sebastián y Joëlle Chassin<sup>6</sup>: Kaufmann distingue entre el llamado enfoque «referencialista» (defendido entre otros por Robert Darnton y Arlette Farge), según el cual el concepto de *opinion pública* remite a un conjunto de prácticas sociales efectivas y escenarios e instituciones concretas, tales como los salones o la proliferación de las publicaciones periódicas, que cristalizan en Francia hacia mediados del siglo XVIII, y, por otro lado, el enfoque «artificialista», desarrollado por aquellos historiadores (podemos destacar a Keith Michael Baker y Mona Ozouf) que enfatizan el carácter abstracto de la opinión pública prerrevolucionaria, que viene a ser ante todo, desde esta perspectiva, una «construcción política o ideológica», una «entidad conceptual» que aparece en el discurso bajo la forma de un *tribunal* al que apelan los diferentes actores con el fin de legitimar sus reivindicaciones o culminar exitosamente sus opciones estratégicas.

Tal vez el reto más importante al que nos enfrentamos es precisamente la necesidad de articular diversas líneas de trabajo, para así dar cuenta de un objeto de estudio que no deja de ser un tanto esquivo. A caballo entre la historia

KEITH, «Politique et opinion publique sous l'Ancien Régime», en *Annales ESC*, enero-febrero 1987, n.º 1, trad. de J.F. SENE, pp. 41-71; M. OZOUF, «L'opinion publique», en K. M. BAKER, (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. I. *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, Pergamon Press, 1987, pp. 419-434; S. MAZA, «Le tribunal de la nation: les mémoires judiciaires et l'opinion publique», en *Annales ESC*, enero-febrero 1987, n.º 1, pp. 73-90; P. RÉTAT, (dir.), *L'attentat de Damiens. Discours sur l'événement au XVIIIe siècle*, Presses Universitaires de Lyon, 1979; J. SGARD, (dir.), *Dictionnaire des journaux : 1600-1789*, Paris/Oxford, Universitas/Voltaire Foundation, 1991, 2 vols.

5 A. LILTI, *Le monde des salons. Sociabilité et mondanité à Paris au XVIIIe siècle*, Fayard, Paris, 2005; E. BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. I. *Désirs de gloire (1735-1751)*, Fayard, Paris, 1999; E. BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. II. *Exigence de dignité (1751-1762)*, Fayard, Paris, 2002; E. BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. III. *Volonté de pouvoir (1762-1778)*, Paris, Fayard, 2007. El primer libro de la trilogía de Badinter ha sido traducido recientemente al castellano (FCE, Buenos Aires, 2007).

6 L. KAUFMANN, «Entre fiction et réalité. L'opinion publique dans la France du XVIIIe siècle», en J. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN et J. CHASSIN, (eds.), *L'avènement de l'opinion publique. Europe et Amérique XVIIIe-XIXe siècles*, L'Harmattan, Paris, 2004, pp. 91-107.

de las ideas y la *historia cultural de lo social*<sup>7</sup>, entre el enfoque «artificialista» y el planteamiento «referencialista», nuestro propósito es subrayar la doble dimensión, aparentemente contradictoria, de la *opinión pública* prerrevolucionaria, que se presenta, por una parte, desde el punto de vista político, como un espacio de discusión sustraído a la autoridad del príncipe, y se sostiene, por otro lado, desde el punto de vista sociológico, a partir de una distinción según la cual «la multitud ciega y ruidosa» (la expresión es de d'Alembert)<sup>8</sup> es incapaz de ejercer el *uso público de la razón*<sup>9</sup>.

El *philosophe* es la figura<sup>10</sup> que permite transitar este espacio, la que posibilita la compleja articulación de las dos perspectivas en las que, grosso modo, cabe encuadrar las diferentes aproximaciones a nuestro objeto de estudio, según Laurence Kaufmann: el *philosophe* es una nueva realidad socio-cultural (que habría que añadir a los ya mencionados salones y periódicos) y se destaca a la vez como una de las personalidades que más activamente participan en la invención discursiva de la opinión pública, que viene definida en función de un recorte negativo que establece una clara distinción entre ésta, la nueva instancia pública (sinónimo de saber, de verdad, de conocimiento) y la más que sospechosa variabilidad de los sentimientos particulares, el signo definitorio de ese otro discurso, la opinión popular (que se corresponde, afir-

---

7 Se trata de la propuesta metodológica de Roger Chartier: a diferencia de la «historia social de la cultura», la *historia cultural de lo social* no organiza la materialidad de la cultura a partir de divisiones sociales dadas a priori, sino que intenta reconocer tales diferenciaciones a medida que profundiza en el estudio de los objetos culturales, que son a la vez producto y reconfiguración continua de la estratificación social (véase R. CHARTIER, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Gedisa, Barcelona, 2002, trad. de C. Ferrari, pp. 53-56).

8 Según d'Alembert, el historiador «suele a menudo distinguir al público verdaderamente ilustrado [*éclairé*], que debe guiar su pluma, de esa multitud ciega y ruidosa» (J. ALEMBERT, *Rond d', Éloges lus dans les séances publiques de l'Académie française*, Moutard, Paris, 1779, préface, p. IX).

9 Como es sabido, la expresión es de Kant: frente al *uso privado de la razón*, que es el que hace el individuo como parte de la «máquina» estatal, en virtud de lo cual está obligado a cumplir escrupulosamente con las reglas establecidas, el *uso público* de la misma, para el autor de las *Críticas*, el que se ejerce según la máxima ilustrada *sapere aude* (atrévete a servirse de tu propio entendimiento), ha de ser siempre libre (I. KANT, «Respuesta a la pregunta: ¿qué es la Ilustración?», en J. B. ERHARD, K. F. FREIHERR VON MOSER y otros, *¿Qué es Ilustración?*, Tecnos, Madrid, 1989, trad. de A. Maestre y J. Romagosa, pp. 17-25).

10 «La palabra —escribe Roland Barthes— no debe entenderse en sentido retórico, sino más bien en sentido gimnástico o coreográfico; en suma, en el sentido griego: *σχημα* no es el «esquema»; es, de una manera mucho más viva, el gesto del cuerpo sorprendido en acción, y no contemplado en reposo: el cuerpo de los atletas, de los oradores, de las estatuas: lo que es posible inmovilizar del cuerpo tenso» (R. BARTHES, *Fragmentos de un discurso amoroso*, Siglo XXI, Madrid, 1997, trad. de E. Molina, p. 13). Parafraseando a Barthes, podríamos decir que para nosotros la figura es el *philosophe* haciendo su trabajo.

ma Condorcet, con «la parte del pueblo más estúpida y miserable»<sup>11</sup>), del que se sirven los abanderados de la «publicidad burguesa» para exaltar aún más si cabe sus atributos casi divinos.

En tanto se arrogan el derecho de aparecer como los educadores de la multitud iletrada, en tanto se presentan como los portaestandartes de la crítica pública, del juicio certero y desinteresado, los *philosophes* sintetizan a su manera la ambivalencia del proceso moderno: indudablemente, sus serias andanadas contra algunos de los principios sobre los que se sustentaba el orden absolutista contribuyeron decisivamente en el desarrollo, por parte de la ciudadanía, de una nueva sensibilidad pública, manifiesta crecientemente a partir de los años cincuenta, a partir de aquella *politique de la contestation* (por usar los términos de Keith Michael Baker) que acompaña el frustrado atentado de Luis XV perpetrado por Damiens, los conflictos entre la corona y los parlamentos y, ante todo, la problemática jansenista; pero al mismo tiempo, los hombres de letras no escatimaron esfuerzos con el fin de asegurarse el objetivo último que guiaba su empresa, que no consiste fundamentalmente en la creación de un corpus doctrinario capaz de mostrar a los lectores cada vez más numerosos las bondades del ejercicio racional, sino que tiene que ver antes que nada con la constitución y el fortalecimiento de una *élite* que tiende a monopolizar muchos de los escenarios de la nueva discusión pública. En una época que fue testigo de una extraordinaria intensificación del debate político, de una multiplicación sin precedentes de muy diversas formas discursivas y prácticas contestatarias, los hombres de letras se asentaron como un importante grupo de poder, que percibió en no pocas ocasiones el creciente éxito de las nuevas iniciativas contemporáneas (las *memorias judiciales*<sup>12</sup> o los panfletos de *Grub Street*) como una aberración, como una seria amenaza contra sus intereses.

Desde aquí, no podemos sino suscribir la apuesta historiográfica de Robert Darnton, quien no sólo subraya el interés de las canciones, los libelos, de las crónicas escandalosas, de los libros «que no pueden leerse más que con una mano»<sup>13</sup>, sino que propone, además, una «deflación» de la Ilustración:

---

11 «Cuando se habla de opinión —sostiene Condorcet—, hay que distinguir tres especies: la opinión de las personas ilustradas, que precede a la opinión pública y acaba dictándole la ley; la opinión cuya autoridad genera la opinión del pueblo; la opinión popular en fin, que es la de la parte del pueblo más estúpida y miserable» (CONDORCET, *Réflexions sur le commerce des bleds*, Londres, 1776, p. 140).

12 Sarah Maza da cuenta del enfrentamiento en los años setenta y ochenta entre los abogados y los hombres de letras, que perciben la creciente difusión de las memorias judiciales como una amenaza nada desdeñable, que observan cómo la buena fama de los juristas pone en peligro su privilegiada posición ante los lectores franceses (S. MAZA, cit, p. 81).

13 La expresión es de J. J. ROUSSEAU, *Las confesiones*, Espasa-Calpe, Madrid, 1979, trad. de P. Vances, p. 55.

no podemos aplicar esta etiqueta —concluye el profesor de Princeton— a la totalidad del pensamiento occidental en el siglo XVIII, sino que hemos de reconocer, bajo este nombre, un movimiento concreto, que, si bien se diseñó a través de muchos lugares (Londres, Ámsterdam, Milán...), se definió como una causa en el París de Voltaire y la *Encyclopédie*, como una campaña orquestada por una *élite* que inventó para sí una nueva denominación, que se ajustó a un nuevo tipo ideal, el *philosophe*, «en parte hombre de letras, en parte hombre de mundo metido de cabeza en el uso de las letras para liberar al mundo de la superstición»<sup>14</sup>.

El fragmento de Darnton sintetiza perfectamente el significado del término: el *homme de lettres* es a la vez un *homme du monde* —un asiduo de los salones, de los círculos selectos reservados para las élites parisinas— y lo que podríamos llamar un *homme public*. No podemos ocuparnos aquí de la primera parte de la definición, cuyo análisis debe contemplar lo que los propios hombres de letras afirman acerca de sí mismos y las relaciones que los unen o los separan de los *grands* (la alta aristocracia que frecuentan en las dependencias de la duquesa de Luxemburgo o Mme Geoffrin, por citar sólo dos de las más importantes *maîtresses* de salón), así como las críticas a los *philosophes* y la frivolidad de las prácticas *mondaines*.

Es el segundo aspecto de la caracterización el que más nos interesa en este momento, pues es en tanto *homme public* que el *philosophe* acontece históricamente. Es precisamente la emergencia de la opinión pública lo que distingue al *philosophe* de su antepasado más inmediato, el *savant* de la República de las Letras, que a su vez, frente al *clerc* medieval, ha dejado de ser un exégeta que no conoce más compañero de trabajo que los textos sagrados que se le ofrecen en la soledad de su estudio. Si el *savant* del siglo precedente salió de su gabinete para buscar en la Academia el reconocimiento de sus pares, ante todo en las últimas décadas del Antiguo Régimen el *philosophe* sabe que su prestigio, que su poder se pone en juego en la arena pública, más allá de los muros de la institución<sup>15</sup>. No es casual que d'Alémbert, uno de los *philosophes* por antonomasia,

---

14 R. DARNTON, «La dentadura postiza de George Washington», en *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*, FCE, México, 2003, trad. de A. Saborit, p. 292.

15 A pesar de que resulta útil, a mi juicio —más aún cuando nuestra pretensión no excede una nota introductoria—, asociar los términos *savant* y *philosophe* a dos modelos de pensadores que se suceden cronológicamente, conviene advertir que en el siglo XVIII las dos palabras son usadas indistintamente hasta los años cincuenta, cuando el vocablo *savant* comienza a designar de manera más clara al especialista en una determinada disciplina científica, de lo cual escapa el *philosophe*, que, como afirma Didier Masseau, establece un tipo de relación con el saber «que confiere a su titular una competencia que le permite intervenir espontáneamente en todos los dominios de la cultura» (D. MASSEAU, *L'invention de l'intellectuel dans l'Europe du XVIIIe siècle*, Presses Universitaires de France, Paris, 1994, p. 12).

a partir de 1761 deja de publicar sus memorias científicas en los volúmenes de la Académie française —de la que será *secrétaire perpétuel* desde 1772— y las difunde a través de su propio editor, bajo la forma de *Opuscules*. El protegido de Voltaire ya era plenamente consciente de lo que el patriarca de Ferney le dirá en una carta fechada el 26 de diciembre de 1767: «Es la opinión la que gobierna el mundo, y es usted el que ha de gobernar la opinión».

Según Elisabeth Badinter, «el acta de nacimiento de los intelectuales data de la creación de las Academias»<sup>16</sup>, la más antigua de las cuales es la *Académie française*, fundada por Richelieu en 1634, tras la que se constituyeron, gracias al impulso de Colbert, la *Académie des inscriptions et belles-lettres*, en 1663, y la *Académie royale des sciences*, en 1666. La implantación de estas sociedades estatales, que contemplaban generosas pensiones para aquéllos que ocupaban sus asientos, instituyó una nueva *élite*, un cuerpo de eruditos tocado por el dedo de la gracia, que es en este caso el del rey, provisto de la dignidad que recae casi inmediatamente sobre quienes pasean sus libros, actas y memorias por los nuevos templos del saber, que dotan a los discursos nacidos bajo sus auspicios de la distinción que enaltece su figura.

Pero esta nueva *élite* no se afianzó como tal hasta bien entrado el siglo XVIII. De ahí que debamos matizar la afirmación de Badinter: más que constituir su acta de nacimiento, las Academias fundadas en el siglo de Luis XIV son una condición de posibilidad del intelectual, que cristaliza finalmente cuando emerge ese nuevo sujeto que según Voltaire, el líder indiscutible de los *philosophes*, gobierna el mundo. Es entonces cuando aparece lo que, a pesar del anacronismo del término, puede llamarse con rigor *intelligentsia*<sup>17</sup>, una nueva clase social, la *élite* de los intelectuales, o, como diría d'Alembert, «la clase maldita de los *philosophes*»<sup>18</sup>, que armados de la distinción académica, obtienen más allá de los muros de la institución una nueva legitimidad en virtud de su pretendido magisterio público, que se despliega justo cuando el debilitamiento de las prácticas y símbolos tradicionales (la desacralización o desencanto ante la monarquía, la desestructuración de las creencias y hábitos religiosos) libera un espacio donde cabe un nuevo guía espiritual, cuya representación más acabada es la idolatrada estatua de Voltaire, erigida tras la muerte del patriarca.

16 E. BADINTER, *Les passions intellectuelles*, vol. I, cit, p. 10.

17 Véase P. VERNIÈRE, «Naissance et statut de l'intelligentsia en France», en MERVAUD, Christiane et MENANT, Sylvain, *Le siècle de Voltaire: hommage à René Pomeau*, Voltaire Foundation, Oxford, 1987, vol. II, pp. 933-941; É. WALTER, «Sur l'intelligentsia des Lumières», *Dix-huitième siècle*, 5, 1973, pp. 173-201.

18 D'ALEMBERT, «Réflexions sur l'état présent de la République des lettres pour l'article gens de lettres», en *Œuvres et correspondances inédites* (Ch. Henry, éd.), Slatkine, Genève, 1967, XIII, p. 73.